

843
9.
2.

722227

73
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

L
L
E
A
C
L

PRÓLOGO

Sabrán mis pequeños lectores, á quienes dedico particularmente este libro, que en 1838, es decir, largo tiempo antes de que hubiesen nacido, yo hacía un viaje por Alemania.

Me detuve un mes en Francfort para esperar á un amigo mío, que sabía muchos graciosos cuentos, y que se llamaba Gerardo de Nerval.

¡Ay! Algún día, queridos niños, sabréis cómo vivió y cómo murió. Su vida es, más que una historia, más que un cuento, una leyenda.

Me había ofrecido hospitalidad una familia cuyo padre era francés, y la madre flamenca, participando los hijos un poco de ambas nacionalidades.

En la casa había dos niños y una niña. Los dos primeros contaban siete y cinco años respectivamente, y la niña catorce meses.

Los dos chicos son hoy, el uno subteniente, y el otro sargento en África. La niña es una bella joven de veintiún años.

Razón tenía, pues, al deciros que mi viaje se

efectuó largo tiempo antes de que vosotros nacierais.

Bajo el pretexto de que me veían escribir durante una parte del día, todas las noches, después de cenar, los niños me rogaban que les refiriese un cuento.

En cuanto á la niña, que más tarde me pidió algunas veces lo mismo, no pensaba entonces más que en su biberón, el cual acariciaba, justo es decirlo, con un cariño particular.

Agoté muy pronto mi repertorio de cuentos, pues ya conocéis la insaciable avidez de los oyentes de vuestra edad. Apenas concluido uno, aplauden, pidiendo otro, y dan las gracias, solicitando uno más.

Cuando ya no tuve ninguno, inventé, y siento no recordarlos, puesto que entre ellos había uno ó dos muy interesantes.

Agotada mi inventiva, dije á mis amiguitos:

—Hijos míos, espero de un día á otro á mi amigo Gerardo de Nerval; sabe muchos cuentos deliciosos, y os referirá tantos como queráis.

No era precisamente esto lo que los niños deseaban; pero como por la mañana se había recibido una carta, anunciando para el día siguiente la llegada de Gerardo, los niños se armaron de paciencia, gracias á una rebanada de pan con manteca y un platito de fresas.

Al día siguiente, en efecto, Gerardo llegó, y esto fué una fiesta para la casa. Los niños, que le habían visto venir de lejos, y á quienes yo dije: *¡Ahí viene el narrador de cuentos!*, corrieron á recibirle y saltaron á su cuello, gritando:

—¡Sea usted bien venido, señor narrador de

cuentos! ¿Sabe usted muchos? ¿Se quedará aquí largo tiempo? ¿Podrá contárnoslos todos los días?

Se explicó á Gerardo de qué se trataba: á mi amigo le pareció muy natural la acogida, y prometió un cuento para aquella misma noche después de cenar.

Los niños pasaron el día mirando el reloj y diciendo que tenían hambre.

Al fin se anunció que *el señor* estaba servido.

En Alemania, hijos míos, se dice: «*La señora está servida*».

Más tarde, vuestros padres os explicarán la diferencia que hay entre estas dos maneras de invitar los dueños de la casa á sus huéspedes á sentarse á la mesa. Revela el genio de los dos pueblos tan bien, y hasta mejor, que una larga disertación.

Si no hubiesen estado en la mesa más que los niños, la comida no hubiera durado seguramente diez minutos.

Los niños saltaron de su silla antes de servirse los postres, y acercándose á Gerardo, comenzaron á tirarle del faldón de su famoso paletó de España, cuya historia escribió mi amigo.

Gerardo no reclamó más que el tiempo necesario para tomar su café. Este último es una de las voluptuosidades de Gerardo.

Tomado el café, ya no hubo medio de resistir.

Se acostó á la pequeña Ana en su cuna, poniendo el biberón á su alcance, y los demás fueron á sentarse en un ancho balcón que formaba como un terrado con vistas al jardín.

Carlos, el mayor de los niños, trepó á mi ro-

dilla; Pablo, el más joven, se deslizó entre las piernas de Gerardo, y todos prestaron atención, como si se tratase del relato de Eneas á Dido. Entonces Gerardo comenzó la serie de cuentos que voy á reproducir, y que durante ocho días tuvieron despiertos, desde las siete á las nueve de la noche, á los dos encantadores niños de nuestro patrón de Francfort.

Me atrevo á esperar que, divirtiendo á los pequeños lectores, estos cuentos no aburrirán demasiado á los grandes.

EL NARRADOR DE CUENTOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

I

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL SOLDADO DE PLOMO

Y LA BAILARINA DE PAPEL

En otro tiempo hubo veinticinco soldados, todos hermanos, pues no solamente habían nacido el mismo día, sino que procedían todos de la fundición de una sola cuchara de plomo, ya muy vieja. Todos tenían el arma al brazo y la cara de frente, y su uniforme era magnífico, de color azul con vivos encarnados.

Las primeras palabras que oyeron cuando se levantó la tapa de la caja en que se hallaban encerrados, el mismo día de su aparición en este mundo, y de la cual no habían salido aún, fueron las siguientes:

—¡Oh! ¡Qué hermosos soldados!

Inútil es decir que estas palabras les enorgu-